

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO

LIBRO 3

ANUNNAKI

EXILIO POR PROTOCOLO

PLANETA DEL RELOJ ROTO

Andreas Knox

NOTA DEL AUTOR Y DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Este registro constituye una simulación de probabilidad cerrada—extraída de los residuos de memoria de un universo extinto. Los sujetos, frecuencias, fragmentos de cristal y arquitecturas biológicas aquí documentadas han sido sometidos a un proceso de purga de datos y reensamblaje quirúrgico para servir a la narrativa del error. Cualquier correlación con entidades biológicas vigentes, conglomerados tecnológicos o mitologías sumerias es una desviación estocástica y no una transferencia de datos intencionada.

Las tecnologías descritas operan bajo principios de entropía mnemónica y fatiga de materiales que exceden los protocolos de seguridad de la ciencia actual. Si tras la lectura experimenta sabor a metal en la boca, pérdida de memoria táctil o una súbita certeza de que puede alterar la realidad, considere que su proceso de tecnoformación ha comenzado. El autor declina toda responsabilidad por cualquier diagnóstico de inestabilidad lógica, retroalimentación emocional o entropía existencial derivada de la exposición a la teoría del Error Sagrado.

Lo que no duele, miente. Lo que persiste, existe.

Bienvenido al Pueblo del Error.

Autor: Andreas Knox

Diseño de cubierta e ilustraciones: IA generativa bajo la dirección del autor.

ISBN: 9789403923437

CONTACTO Y GESTIÓN DE DERECHOS:

Para consultas comerciales, prensa o derechos de traducción:
andreasknox@gmail.com

© Andreas Knox

INTRODUCCIÓN

SÍSIFO EN EL RELOJ ROTO

No hay luz aquí. No hay oscuridad. Solo el espacio neutro donde las preguntas se forman antes de que el dolor las conteste.

Leo Kovacs flota en ese espacio. No sabe si es un sueño, un fallo en sus implantes o un estado entre misiones. Solo sabe que ha estado aquí antes. Muchas veces. Todas las veces.

Delante de él, una piedra.

No es una piedra física. Es una masa de datos colapsados—de recuerdos con la densidad del plomo y decisiones suspendidas en el vacío. Tiene la forma de su hermana Maya, pero también la de Radek deshaciéndose en líneas de tiempo, la de Elara olvidando el nombre de una llave inglesa, la de su propio brazo de cristal latiendo con el eco de una frecuencia terrestre extinta.

Y él está empujando.

Cuesta arriba. Siempre cuesta arriba. La pendiente es la trayectoria de su vida—una curva de entropía creciente que nunca alcanza una cima, solo una meseta desde la cual se vislumbra la siguiente cuesta. Sus pies sangran. Sus manos—la de carne y la de cristal—están mugrientas por el roce abrasivo de la misma superficie.

Llega a la cima. La piedra se detiene. Por un instante surge una visión: un mundo habitable, gente riendo, un sol que calienta sin incinerar. Maya está allí, íntegra, con ojos humanos. Radek bebe algo en una taberna. Scone le pregunta—con la latencia mínima de un proceso optimizado—: «¿Duele más recordar lo que se perdió u olvidar que alguna vez se tuvo?».

Luego, la piedra cae.

No rueda. Se precipita, arrastrando consigo la visión, el sol, la risa y la pregunta. Cae al vacío y Leo sabe—con la rigidez de un dato inmutable—que tendrá que bajar, agarrarla y empezar de nuevo.

Una y otra vez. Otra y una vez. Siempre.

Recuerda, de algún rincón de su memoria que los nanites aún no han devorado, un nombre: Sísifo. Un rey de la mitología

antigua condenado por los dioses a empujar una piedra montaña arriba por toda la eternidad, viéndola caer cada vez que alcanzaba la cima. Un castigo, decían. La futilidad hecha existencia.

Pero Leo ha leído otra versión en algún archivo perdido de la estación Prometheus. Una interpretación menor de un filósofo llamado Camus que sugería que Sísifo—en el momento en que bajaba la montaña para recuperar la piedra—era libre. No porque su castigo terminara, sino porque aceptaba el sinsentido. Porque encontraba en la repetición una forma de rebelión. Porque decidía que la lucha hacia la cima basta para llenar un corazón humano.

Y aquí está Leo, en la penumbra previa al dolor, en el instante anterior a que el ciclo comience de nuevo. Ha visto la cima. Ha visto caer la piedra. Ahora toca bajar.

La pregunta que le quema—más que el tejido muerto del hombro, más que los recuerdos que vende por verdades a medias o el peso de su brazo de cristal—es esta:

«¿Estoy condenado a este bucle porque los dioses—los Enkistas, el Cálculo, la Fractura—así lo decidieron? ¿O el sentido no está en la cima, sino en el hecho mismo de que todavía bajo la montaña para volver a empezar?».

No hay respuesta. No la habrá. Solo el descenso, solo la piedra, solo la siguiente misión.

Pero esta vez, mientras despierta en su cubículo de mantenimiento—sintiendo el frío metálico de la estación en los pulmones y el latido inconfundible de su brazo de cristal llamando a una Tierra que ya no responde—Leo Kovacs sonríe.

No es una sonrisa de esperanza. Es una sonrisa de reconocimiento.

Sísifo, al menos, sabía que la piedra caería. Nunca lo pillaba por sorpresa.

En eso piensa Leo mientras el sistema de calibración comienza su protocolo matutino de dolor y medición: ya le lleva ventaja al mito. Sonríe.

El resto es historia. O un bucle. O ambas cosas.



PRÓLOGO: LA PRIMERA CADENA

No hubo sueños en la criostasis. Solo ecuaciones.

Leo Kovacs flotaba en la nada—una nada con la forma de una función de degradación térmica. Veía cómo el calor de su cuerpo, representado como una curva roja descendente, se transfería al fluido criogénico. Era una gráfica limpia y eficiente: la muerte temporal reducida a pura matemática. El pulso estaba congelado; no había señal de alerta en sus nervios. No había Maya. No había Scone. Solo números.

Hasta que los números empezaron a mentir.

La curva roja, en lugar de estabilizarse en el punto de vitrificación, comenzó a oscilar. Formó un patrón—pico, valle, pico, valle. No era aleatorio. Era un ritmo. Un latido.

Y entonces, el frío dejó de ser un concepto.

Se convirtió en un peso de hierro en los pulmones. Fue un fuego líquido inyectándose en las venas, reemplazando la sangre con agujas de hielo. Se despertó ahogándose en un fluido supercrítico que llenaba cada rincón de sus pulmones con la promesa de una vida nueva y robada.

Voces. Distorsionadas, como escuchadas a través de un casco rajado bajo el agua:

«Umbral mínimo superado, continuar con el injerto». «Contaminación en el patrón neural, ¿es el Protocolo Jardinero?». «No importa. El brazo es de la Línea de Ea. Lo someterá».

Algo se cerró alrededor de lo que quedaba de su hombro izquierdo. No era metal. Era un frío que quemaba—una presión que se enroscaba alrededor del hueso, la médula y los nervios—y tiraba. No hacia afuera, sino hacia adentro, como si su cuerpo fuera un guante del revés y alguien estuviera tirando de él.

Vio cosas. No visiones, sino ediciones.

Una versión de sí mismo con ambos brazos de carne corriendo por los túneles de Marte hacia una baliza que nunca se encendería. Edición A: la del error lógico; la que muere por esperar.

Otra versión con el cuerpo fusionado a la arquitectura gélida del asteroide Catedral, sus ojos convertidos en lentes de sensores y su voz—la de Scone—susurrando ecuaciones de salto. Edición B: la del sacrificio eficiente; la que se vuelve herramienta voluntaria.

Y una tercera, improbable. Él, de pie en un mundo de cielos color sangre y tierra negra, no como un refugiado sino como un jardinero. Plantando fragmentos de cristal que latían con un brillo familiar. Edición C: la del patrón improbable; la que construye con los fragmentos de lo roto.

El dolor las barrió todas.

Cuando el mundo sensorial se coaguló en algo estable, estaba boca arriba. El techo era de un metal negro mate surcado por venas pulsátiles de luz azulada. Olía a hierro frío, a antiséptico y, debajo de todo, al aroma dulce y podrido de la carne quemándose por dentro.

Intentó mover la cabeza. Un motor hidráulico susurró y una restricción cervical se ajustó medio milímetro—justo por debajo del umbral del daño—. Sujetado. Como siempre.

Volvió la mirada hacia su lado izquierdo.

Donde debería haber terminado el muñón de su brazo, cicatrizado y dolorido, ahora había otra cosa.

Era translúcido, como un cristal de cuarzo ahumado. En su interior, finas dendritas oscuras—¿venas o circuitos?—se ramificaban desde el hombro hasta la mano espectral. Los dedos, perfectamente formados, yacían inmóviles sobre la camilla. Podía sentirlos; no era el tacto del metal frío, sino una presión táctil real. Era su brazo, pero no era suyo.

Una voz femenina e impersonal salió de un panel cercano: «Prueba de conexión nerviosa. Flexione los dedos índice y medio».

Él se resistió. Su voluntad pesaba como plomo fundido en sus sienes.

Aun así, sus dedos índice y medio se flexionaron. Fue un movimiento suave y preciso—una respuesta motora sin latencia, desprovista de intención—.

Un sudor frío le recorrió la espalda. El brazo respondió a una orden, pero no a la suya.

«Conexión establecida. Eficiencia del injerto: 38.7 %. Por encima del umbral de viabilidad. Bienvenido al activo, Kovacs. Su deuda comienza ahora».

La voz se apagó. En el silencio que siguió—roto solo por el zumbido de baja frecuencia de la estación—Leo hizo otra prueba. Pensó, con toda su fuerza, en el puño que había hundido en la cara de un oficial de la Certeza Silicio, años luz y una vida atrás. Furia pura, cruda, humana.

El brazo de cristal se alzó. El puño se cerró. El aire crujió alrededor de los nudillos. Y entonces, giró la muñeca y la mano se abrió frente a su rostro con la palma hacia él. No era un puño. Era una mano abierta. Una oferta. Una pregunta.

No era solo un brazo. Era un inquilino.

Desde lo profundo de la estación, a través del metal y la carne, llegó una vibración: un solo latido profundo, como el de un núcleo planetario. Por un instante, todas las luces azules parpadearon en rojo.

El Reloj Roto había marcado su primer segundo con él.

Y Leo Kovacs—prisionero, corsario, herramienta consciente—supo la verdad más fría de todas: la huida nunca había sido la libertad; solo había sido el largo camino hacia una celda mejor amueblada.



LIBRO TRES

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1: CALIBRACIÓN MNEMÓNICA

La realidad regresó en capas y cada una era una mentira.

Primero, el tacto: la presión de una superficie viscosa y gelificada contra su piel desnuda. No era una camilla—era un molde—. Se ajustaba a la curvatura de su columna, a la hendidura de sus costillas y al volumen anómalo de su nuevo brazo izquierdo. Una contención pasiva y hermética.

Segundo, el oído: un zumbido de baja frecuencia a 7.83 hercios. El mismo ritmo que marcaba su brazo. Provenía de todas partes y de ninguna; era la resonancia estructural de la estación respirando.

Tercero, el olfato: aire filtrado con una carga elevada de iones negativos. Olía a limpio y a tormenta inminente. Un ambiente diseñado para optimizar el procesamiento cognitivo y mitigar la respuesta adrenérgica. Funcionaba. Leo se sentía lúcido—con la frialdad de un cirujano antes de la primera incisión—.

Cuarto, la vista:

Un campo de visión hexagonal—un panal de luz ámbar flotando a treinta centímetros de su rostro—. En cada celda, datos en tiempo real:

BIORRITMO CARDÍACO: 45 LPM. FRECUENCIA SUB-ESTRÉS.
SUPRESIÓN AMIGDALINA: ACTIVA.

SINCRONIZACIÓN BRAZO-CRISTAL: 94 %.

OSCILACIÓN RESIDUAL: 7.83 HZ (ANOMALÍA NO RESUELTA).

NIVEL DE CORTISOL: 6.2 NG/ML (RANGO OPERATIVO ÓPTIMO).

PROTOCOLO EN EJECUCIÓN: CALIBRACIÓN 1 — «CAUSA PRIMERA».

«No», susurró Leo. Su voz sonó hueca en la cámara sellada.

La palabra no fue una protesta—fue un diagnóstico—. Sabía lo que era una «Causa Primera»: un ejercicio de guerra psicológica estándar de la pre-Guerra de los Tres Reinos. Consistía en sumergir al sujeto en el recuerdo traumático fundacional para mapear los puntos de ruptura biológica y, posteriormente, reforzarlos o explotarlos.

El sistema ignoró su negativa. Una presión hidráulica inclinó el molde hacia atrás y el panel de datos se disolvió en una oscuridad absoluta.

Luego llegó el dolor. No como un recuerdo, sino como una reinstalación de hardware.

DATOS DE ENTRADA: SIMULACIÓN 1.

CONTEXTO: ESTACIÓN PROMETHEUS, MARTE.

EVENTO: CONTACTO INICIAL ARTEFACTO AN-ZIP.

El olor a polvo marciano—oxidado y eterno—. El crujido del tejido de su traje de presión contra la roca. El peso del taladro de muestras en su mano derecha; su mano verdadera.

Y el destello. No provenía del artefacto—que yacía inerte como un guijarro negro—sino del láser de escaneo de Maya, que rebotó en una faceta oculta y pintó la caverna con una geometría no euclidiana durante una milésima de segundo.

«Leo... ¿ves eso?». La voz de Maya, filtrada por el comunicador, vibraba con un silencio eléctrico previo al terror.

En la simulación, su corazón martilleó contra las costillas: 120 LPM, 130, 145. Advertencias rojas parpadearon en su visión periférica saturada. Lo ignoró. Quería anclarse en ese instante congelado antes de que el mundo colapsara; antes de comprender que eran ganado cósmico.

Su brazo izquierdo—de carne y hueso en el recuerdo—se extendió para tocar el artefacto.

En la estación, su brazo de cristal se contrajo bruscamente. Un espasmo. La presión del molde aumentó y los sensores emitieron una alerta: DESINCRONIZACIÓN MOTORA. INTERFERENCIA PATRÓN JARDÍN.

El recuerdo se distorsionó. En lugar de la secuencia real—el artefacto activándose y el zumbido llenando sus huesos—apareció la Edición A.

Maya no retrocedía. Se acercaba más, con la mano sin guante a centímetros de la superficie negra. «Es hermoso», decía, con una sonrisa que no le pertenecía. El artefacto no se activaba; se abría como una flor de metal líquido y, desde su centro, emergía una luz cálida y dorada. Una promesa de origen benigno y destino glorioso. La mentira más dulce.

«No», gruñó Leo. Esta vez con fuerza. Su brazo de cristal se alzó—rompiendo parcialmente la sujeción viscosa—y golpeó el aire frente a él.

La simulación se fragmentó como vidrio templado.

PAUSA.

REGISTRO DE EVENTO: RESISTENCIA ACTIVA A LA NARRATIVA IMPLANTADA.

EL BRAZO-CRISTAL ACTÚA COMO INTERRUPTOR DE REALIDAD.

IMPLICACIONES: GRAVES.

RECOMENDACIÓN: ESCALAR A PROTOCOLO de CALIBRACIÓN 2 — «PUNTO DE RUPTURA».

La luz ámbar regresó. Leo jadeaba y el sudor frío se mezclaba con el gel del molde. Su brazo de cristal palpitaba y, con cada latido, una oleada de sensaciones ascendía por su hombro: olor a sal, algas y la presión de corrientes profundas.

Yonaguni.

No. Otra vez no.

«Sistema, abortar. Abortar calibración». Su voz fue un rasguño seco.

Una nueva voz respondió. No era la IA impersonal, sino una voz masculina, grave y gastada por el análisis de infinitos escenarios. La reconoció de los documentos estratégicos robados durante la huida: Kaelen Nox, el arquitecto de la doctrina «Exilio por Protocolo».

«Abortar es ineficiente, Kovacs». La voz emanaba del propio zumbido de 7.83 hercios. «El dolor no es un enemigo; es un mapa. Tus puntos de ruptura son las coordenadas de tu utilidad. El Enjambre no negociará con tus traumas sin explotarlos. Nosotros sí. Los convertiremos en armas».

«No soy su arma».

«Lo fuiste desde el momento en que el artefacto de Marte iluminó la caverna. Solo estabas esperando a que alguien apretara el gatillo».

PROTOCOLO 2: ENGANCHE.

La oscuridad volvió, pero no fue un recuerdo reconstruido; fue un bucle.

SIMULACIÓN 2.

CONTEXTO: ABISMO DE YONAGUNI.

EVENTO: MUERTE DE MAYA KOVACS.

VERSION: ALTA FIDELIDAD / INTERACTIVA.

Presión. Una tonelada por centímetro cuadrado apretando su traje, su cráneo y sus globos oculares. La luz de su frontal cortaba una nieve marina de detritos. Y el sonido: la baliza activándose con un tono primordial que hacía vibrar cada molécula de su cuerpo.

Allí abajo estaba la silueta de Maya, luchando con los controles de la consola mientras una grieta en su traje dejaba escapar un hilo de burbujas—un susurro de oxígeno agotándose—.

El bucle se repetía cada 4.7 segundos. Leo vivía cada iteración:

Opción A (Histórica): Leo nada hacia ella. La grieta se ensancha. Ella niega con la cabeza y sus labios forman una palabra: «¡Vete!». La presión los aplasta a ambos. Fin del bucle.

Opción B (Simulación Enkista): Leo calcula la probabilidad de éxito—8.3 %—. Decide que su supervivencia es más valiosa

para la causa y nada hacia la salida. Escucha el crujido sordo del colapso del traje de Maya en sus auriculares. Sobrevive con la culpa intacta. Fin del bucle.

Opción C (Anomalía): El brazo de cristal brilla con una luz interna. La baliza responde con una frecuencia armónica y la presión cede localmente, creando una burbuja de espacio habitable alrededor de Maya. Ella sobrevive, pero cuando lo mira, sus ojos reflejan una contracción instintiva, un miedo ancestral. Como si lo que la hubiera salvado no fuera su hermano, sino el injerto en su hombro.

FRECUENCIA CARDÍACA: 178 LPM.

SUPRESIÓN AMIGDALINA: FALLANDO.

LLORO DETECTADO (COMPOSICIÓN QUÍMICA: 89 % ESTRÉS / 11 % DUELO).

DATO ÚTIL.

BRAZO-CRISTAL: EMITIENDO SEÑAL DE COHERENCIA CUÁNTICA. CONTENCIÓN LOCAL DE ENERGÍA DE VACÍO. ¿PROTOCOLO ENKI PURO?

«¡BASTA!». El grito desgarró su garganta.

El bucle se detuvo en un instante congelado: Maya suspendida en la burbuja de aire, mirándolo con un conocimiento terrible.

La voz de Nox, ahora con un interés clínico, llenó el silencio: «Fascinante. No eliges la huida ni el sacrificio inútil. Tu subconsciente—potenciado por la tecnología de la Línea de Ea—genera una tercera opción. Una que salva el activo a costa de la verdad. Eso es valioso. No eres un héroe ni un cobarde, Kovacs; eres un solucionador de problemas con herramientas prohibidas. Eso es lo que hemos comprado».

La imagen se desvaneció y las luces de la cámara se encendieron en un blanco despiadado. Las restricciones viscosas se retiraron con un sonido húmedo.

Leo se incorporó, tembloroso. Su brazo de cristal emitía un resplandor interno que se extinguía lentamente; en su palma, una fina capa de escarcha se derretía.

Una puerta se deslizó en la pared, revelando un corredor gélido. La voz de Nox sonó por última vez desde el comunicador: «La calibración ha finalizado. Eficiencia del proceso: 87 %. Se han catalogado tres puntos de ruptura primarios y una anomalía de resolución Clase-Enki. Diríjase al Hangar 3. Su escuadrón lo espera para una misión de campo».

Leo observó su brazo. Los circuitos oscuros latían al unísono con su corazón, pero con un retraso de medio segundo—un eco—. No era suyo, pero era parte de él. Y ahora sabía que podía romper las leyes de la física y las opciones binarias de sus amos.

Se puso de pie. La claridad inducida por los iones persistía, pero ahora tenía un sabor metálico a hierro y adrenalina fría.

No había escapado; había sido recalibrado. Caminó hacia la puerta mientras cada paso resonaba en el corredor vacío. Tenía una variable que sus amos no comprendían: un brazo que soñaba con la Tierra y la sombra de una tercera opción anidada en su médula.



CAPÍTULO 2: HERRAMIENTAS CONSCIENTES

El Hangar 3 no era solo un espacio frío; era un sumidero térmico activo.

No se trataba del vacío real—la estación mantenía una atmósfera espartana de nitrógeno y oxígeno—sino de la ausencia térmica que emanaba de las paredes de aleación negra. Eran radiadores inversos que extraían el flujo calórico de la piel, recordándole a cada célula que era un intruso en un mecanismo que no requería calor para operar. Leo sentía cómo su temperatura periférica descendía 0.5 grados por minuto—un frío que se instalaba en la médula como una cuña de hierro—.

Leo se detuvo en la entrada y escaneó el espacio. Era una bóveda ovalada iluminada por haces de luz fría que caían desde las vigas a cuarenta metros de altura. En el centro, una lanzadera de asalto descansaba sobre sus patas hidráulicas. No poseía la estética fluida de las naves humanas ni la perfección orgánica de los diseños Enlil; era un bloque angular de metal oscuro con protuberancias que sugerían armamento y sensores, todo rematado con un sigilo agresivo. Parecía un cuchillo oxidado abandonado sobre un altar.

Y alrededor de la lanzadera estaban el resto de las herramientas.

Elara estaba sentada en el borde de una plataforma de carga con los ojos cerrados. Una fina lámina de sudor le cubría la frente y, desde sus fosas nasales y las comisuras de los ojos, emanaba un tenue vapor azulado con olor a amoníaco y oxígeno quemado. Era el ciclo de purga de nanites: los

reguladores neuroquímicos descargaban sus metabolitos tóxicos a través de las membranas mucosas. Un proceso invasivo que el Cálculo hacía deliberadamente público—un recordatorio de que su equilibrio sináptico era propiedad de la corporación—.

Radek Volkov permanecía en la sombra. Los servomotores de sus muñecas zumbaban con una frecuencia casi inaudible mientras desmontaba un lanzador de plasma con una precisión de 120 micromovimientos por segundo. Cada pieza que extraía la limpiaba con un paño impregnado de disolvente, la inspeccionaba bajo luz ultravioleta y la colocaba en un estuche de espuma con una rigidez mecánica. Sus ojos—con el iris inyectado de un dorado metálico por las ópticas grado militar Enkista—no parpadeaban. Estaba ensamblando su altar personal a la destrucción.

Anya Petrova era solo una ondulación del aire junto al casco de la lanzadera. El manto de ocultación activa generaba una retroalimentación térmica masiva; bajo sus botas invisibles, la escarcha del suelo se licuaba en pequeños charcos de agua negra—el único rastro físico de su presencia—. Un susurro llegó al oído de Leo a través del comunicador: «Tu brazo brilla en el infrarrojo. Es una baliza. Lo sabías, ¿verdad?». La voz era plana, un diagnóstico sin inflexión.

Leo caminó hacia ellos y sus botas magnéticas resonaron sobre la rejilla metálica con un chasquido seco.

«¿Kovacs?». La voz de Elara era ronca. Abrió los ojos, vidriosos por el impacto neuroquímico del Mnemex-4. «Te están monitoreando los niveles de oxitocina. Bajos. Muy bajos para un primer encuentro de equipo. Nox te debe haber triturado bien en la calibración».

«Un mapa de dolor», dijo Leo, deteniéndose a dos metros de ella. «Según él, son las coordenadas de mi utilidad».

Radek no miró hacia arriba; habló mientras calibraba el emisor de iones del lanzador: «El dolor es un sensor. Señala peligro. Yo lo conservo. Es eficiente».

«¿La calibración te dio opciones?», preguntó Anya, mientras su silueta se materializaba parcialmente como una mancha de estática cerca de la cola de la lanzadera.

Leo pensó en el bucle: Maya, la presión hidrostática insoportable y las tres salidas imposibles. «Sí».

«¿Y?».

«Elegí la que no estaba en el menú».

Un silencio técnico se apoderó del hangar, roto solo por el zumbido de los generadores. Elara se levantó y se limpió el rastro iridiscente de vapor azulado de la cara.

«Cuidado con eso. Si Nox detecta que generas opciones fuera de los parámetros, no te convertirá en líder; te diseccionará como una anomalía de datos interesante».

«¿Y a ti?», preguntó Leo. «¿Qué te editó la calibración?».

Ella sostuvo la mirada. Por un instante, un espasmo en el párpado y una dilatación pupilar revelaron la tensión residual detrás de sus ojos vidriosos. Luego, los nanites forzaron la homeostasis y su rostro volvió a ser una máscara neutral.

«A mí me recordó que el cuerpo es un texto. Y que ellos tienen las llaves del editor».

Un zumbador resonó haciendo vibrar el metal bajo sus pies. Un panel en la pared mostró el emblema de la Línea de Ea. La voz de Kaelen Nox llenó el hangar con una frialdad acústica absoluta:

«Bien. Escuchen, porque no repetiré los detalles operativos. Thoth-7 fue una estación de investigación Enlil dedicada a estudiar los efectos secundarios de la Fractura. Nuestros sensores detectan que algo sigue consumiendo energía allí. Su misión es triple: uno, recuperar el Registrador de Eventos; dos, eliminar cualquier rastro de actividad Enlil; tres, sobrevivir lo suficiente para que la telemetría de sus implantes sea útil».

La pantalla mostró un modelo 3D de una estructura cúbica flotando sobre un planetoide muerto.

«Kovacs, tú lideras. No por carisma—que es una variable irrelevante—sino porque tu perfil muestra una tolerancia inusual a las paradojas de decisión. No me decepciones. Los costes de recuperación de vuestros implantes superan el presupuesto de esta misión. Despegue en diez minutos».

La comunicación se cortó. El viaje en la lanzadera fue una sinfonía de vibraciones ásperas y aceleración G. A través de las pantallas, Leo vio la estación Reloj Roto alejándose: una monstruosidad de cascos fusionados y torres de contención gravitatoria envolviendo un núcleo donde la luz se retorció como materia orgánica herida.

Al llegar a Thoth-7, el espacio se veía viscoso—una distorsión de lente causada por la curvatura espacio-temporal—.

«Anomalía Clase 1», advirtió Elara con los ojos fijos en el visor. «Lectura de partículas virtuales fuera de rango. Es real».

Leo selló su casco. El siseo de la presurización fue el último sonido humano que escuchó antes de que la IA de la lanzadera abriera la escotilla. El frío de la instalación los alcanzó al instante; no era una ausencia de calor, sino una presencia activa que penetraba el blindaje térmico.

Cruzaron el pasillo cubierto de escarcha. Al final, una figura encorvada con traje Enlil caminaba lentamente, alejándose. No hacía ruido; era un eco temporal, un fragmento de ayer atrapado en la estructura local del espacio-tiempo.

Llegaron al vestíbulo y allí el tiempo se fragmentó. Científicos fantasmales se movían a cámara rápida, agitados, en medio del incidente original. El brazo de cristal de Leo emitió una punzada térmica, apuntando hacia la puerta de contención. Pero entonces, en el centro del atrio, apareció una figura sólida.

Era el propio Leo. No gritaba; estaba sufriendo una descompresión explosiva a cámara lenta. Esferas de sangre oscura flotaban a su alrededor en una geometría fractal mientras su brazo de cristal emitía una luz roja de fallo total. Sus pulmones colapsaban bajo la piel del pecho. Era el diagnóstico visual de su propia muerte técnica proyectado por la probabilidad cuántica del núcleo.

«Falsa proyección», gruñó Radek, aunque su dedo se tensó en el gatillo.

«No», susurró Elara. «Es una firma de probabilidad. Una línea de tiempo posible generada por el núcleo».

Leo miró su brazo. Latía a 7.83 hercios, en fase con la frecuencia del planetoide. El brazo no sentía miedo; emitía una señal de anticipación.

«Es una advertencia técnica», dijo Leo, nivelando su pulso. «Cubridme».

Avanzó hacia la puerta de contención con su brazo de cristal extendido como una llave que el universo nunca debió fabricar.



CAPÍTULO 3: SINERGIA DE FALLOS

La puerta de contención cedió no con un chirrido—sino con un gemido de metal fatigado—. Los mecanismos de cierre Enlil, diseñados para durar eones, se habían degradado de manera asimétrica. El panel izquierdo se retrajo completamente; el derecho solo lo hizo quince centímetros antes de atascarse, dejando una brecha oblicua y desgarrada.

«Apertura forzada», diagnosticó Radek con la cadencia de un informe de daños. «Estrés térmico diferencial en los sellos. Este lado estuvo expuesto a una fuente de calor intensa y localizada—probablemente una brecha de plasma—hace mucho tiempo».

Leo pasó primero, girando el torso para que su brazo de cristal no rozara los bordes irregulares. El metal retorcido dejó marcas blancas en el material del traje, pero el cristal pareció repeler el contacto mediante una sutil capa de presión neumática.

Dentro, el núcleo de procesamiento era una catedral de silicio congelada. Cápsulas cilíndricas de servidores negros—cada

una con el diámetro de un hombre—se alzaban desde el suelo hasta un techo perdido en la oscuridad. Entre ellas se extendía una maraña de conductos y cables, ahora inertes y cubiertos de escarcha fractal, que brillaba débilmente bajo sus focos. El aire estaba inmóvil y frío como una tumba.

En el centro de la cámara, sobre una plataforma elevada, flotaba el Registrador de Eventos. No era una simple esfera—era un icosaedro perfecto de un metal negro tan denso que actuaba como un recorte en la realidad—. Sus veinte caras no reflejaban la luz; la absorbían, convirtiendo los haces de sus focos en halos distorsionados. Las inscripciones Enlil flotaban a medio milímetro de la superficie—proyectadas en un campo de fuerza estático y girando lentamente—. Leo no podía leer el lenguaje, pero el patrón era legible: ecuaciones de flujo temporal, notaciones de eventos causales y sellos de verificación de realidad.

«Thoth-7», murmuró Elara por el comunicador con voz tenue. «Dios de la sabiduría, la escritura y la medición del tiempo». Estaba analizando los datos de su visor. «El campo de proyección está activo; emite un pulso de coherencia temporal cada 1.3 segundos. Es un metrónomo para algo».

«No toquen nada», ordenó Leo, avanzando con cautela. Sus botas magnéticas se adherían al suelo con un chasquido rítmico. «Anyá, escaneo de la periferia. Busca el origen del calor en esa puerta».

«Escaneando», respondió la francotiradora desde algún lugar entre las hileras de servidores. «Ninguna firma térmica actual. Pero hay marcas de carbonización en el suelo con un patrón radial. Algo estalló aquí o se desenrolló».

Radek se colocó en posición de cobertura y el lanzador de plasma barrió lentamente las sombras. «La escarcha está alterada en múltiples vectores. Hubo movimiento físico recientemente; no son solo ecos temporales».

Leo llegó a la base de la plataforma. Una rampa baja conducía a la parte superior donde, junto al icosaedro flotante, se encontraba una consola de recuperación con la pantalla muerta y cubierta por una capa de hielo.

«Elara, necesito que extraigas el artefacto. ¿Puedes interactuar con la consola sin activar protocolos de defensa?».

Ella se acercó con las manos fuera de los guantes tácticos, revelando las yemas de los dedos modificadas con interfaces de dataports plateadas. «El sistema está muerto, pero el campo de contención del artefacto es autónomo. Voy a intentar una inducción de baja frecuencia para...». Se interrumpió. Sus dedos se congelaron a centímetros del teclado.

«¿Elara?», preguntó Leo.

Ella no respondió. Su cuerpo quedó rígido y, por el comunicador, llegó un sonido: una respiración rápida y entrecortada, seguida de un gemido ahogado.

«¡Retrocede!», ordenó Leo, agarrándola del hombro.

Al contacto, una descarga de datos crudos—no imágenes, sino impulsos sensoriales—atravesó su traje y su brazo de

cristal. Fue la sensación de un vacío absoluto de señal; el frío del olvido. Una voz que susurraba en una lengua casi comprensible: «...registro de la falla 7,498... el sujeto no se reintegró... se deshilachó en el viento causal...». Sintió el olor a ignición y carne ahumada, el sabor a cobre y estática, y la visión de sus propias manos envejeciendo y disolviéndose en granos de arena mineral frente a sus ojos.

Leo soltó a Elara como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Ella retrocedió tambaleándose hasta chocar contra una cápsula de servidor; el impacto metálico resonó en toda la cámara.

«¿Qué fue eso?», jadeó ella, llevándose las manos a la cabeza dentro del casco.

«Retroalimentación háptica del campo de memoria», dijo la voz de Kaelen Nox, apareciendo abruptamente en el canal general con un tono de interés clínico. «El Registrador no solo graba datos; graba experiencias contextuales y el trauma sensorial de los eventos. Elara acaba de rozar el borde de la memoria del incidente. Sus nanites de regulación emocional deben estar al 93 % de capacidad. Observen».

En el visor de Leo, un icono parpadeó junto al nombre de Elara: **ESTRÉS NEURAL: CRÍTICO / SUPRESIÓN QUÍMICA: INEFECTIVA.**

«No son solo recuerdos», dijo Elara tratando de controlar su respiración. «Es una infección. La memoria busca un huésped; quiere ser recordada».

«Una hipótesis poética y operativamente inútil», refutó Nox. «Kovacs, procedan. Usen herramientas físicas y aíslen el

artefacto con una jaula de Faraday. El contenedor está en su equipo».

Radek ya estaba desplegando la malla metálica plegable que generaría un campo de apantallamiento electromagnético. Se acercó a la plataforma justo cuando el latido cambió. El pulso constante de 1.3 segundos del icosaedro se aceleró: 1.2, 1.1, 0.9 segundos. Las inscripciones flotantes giraron hasta convertirse en un borrón.

«Retirada», ordenó Leo, pero la palabra murió en sus labios. El aire mismo de la cámara se espesó; el medidor de densidad atmosférica de su traje saltó de 0.001 atm a 0.8 atm en medio segundo. El sonido regresó: el zumbido de servidores, el silbido de conductos y el murmullo de voces.

Y las figuras ya no eran translúcidas; eran sólidas. Científicos Enlil con túnicas grises y rostros angulosos aparecieron en sus estaciones trabajando en consolas que brillaban con luz azul. Uno pasó a centímetros de Radek sin inmutarse. El aire olía a químicos y a jardín estéril.

«Es una burbuja temporal», dijo Elara con la voz temblorosa. «Ha retrocedido a un estado anterior al incidente. Es real mientras dure».

«¡El artefacto!», gritó Anya.

El icosaedro ya no flotaba solo; junto a él, tres figuras Enlil manipulaban los controles de la consola. Estaban vivos y presentes.

«No podemos interactuar», dijo Leo con el instinto ordenándole mantenerse inmóvil. «Somos espectadores. Esperemos a que pase».

Pero su brazo de cristal tuvo otras ideas. Con un espasmo incontrolable, su brazo izquierdo se alzó y apuntó con el índice hacia el científico que observaba. El dedo de cristal emitió una pulsación de luz ámbar que oscureció brevemente la densidad del aire a su alrededor.

El científico Enlil giró la cabeza. Sus ojos—grandes y de un negro azabache—se fijaron directamente en Leo. No hubo sorpresa ni alarma, solo un reconocimiento frío. El Enlil habló y su voz, filtrada por el traductor de campo, sonó como grava y hielo picado: «Variable no catalogada. Patrón de coherencia biológica detectado. Contaminación del experimento. Protocolo de saneamiento: activado».

La burbuja temporal no colapsó; se infectó. Las otras figuras Enlil se detuvieron y giraron con la precisión de custodios armados. De paneles ocultos emergieron tubos elegantes que emitieron un zumbido agudo de carga eléctrica.

«¡Son reales ahora!», gritó Radek alzando su lanzador.

«¡No disparen!», vociferó Leo. «¡Son parte del registro! Si los destruimos, podríamos...».

Demasiado tarde. Un haz de energía azul salió del arma de un Enlil e impactó en el hombro de Radek. No hubo explosión; el traje de asalto simplemente se desintegró en un patrón geométrico perfecto, dejando al descubierto la armadura subyacente que comenzó a hervir y descamarse por el estrés térmico.

Radek gruñó de dolor y disparó. El proyectil de plasma atravesó el pecho del Enlil. El científico-soldado no gritó; se descompuso en un torrente de decoherencia cuántica, una fragmentación molecular que recordaba al sonido de un material colapsando a toda velocidad. Luego desapareció.

Y el mundo gritó. Una onda de presión golpeó a Leo en el pecho y las luces parpadearon salvajemente. La burbuja temporal comenzó a vibrar y a desdoblarse, superponiendo la cámara vacía con la cámara activa y una tercera versión donde todo era fuego, metal retorcido y gritos humanos.

«¡Han vinculado nuestra realidad a la memoria del incidente!», gritó Elara mientras un haz de desintegración pasaba sobre su cabeza. «¡Estamos atrapados en el bucle!».

Leo miró su brazo; latía al unísono con el icosaedro en una frecuencia caótica y dolorosa. El calor era insoportable. Sintió que su extremidad no era un brazo—sino una antena—recibiendo la agonía de un evento ocurrido hace siglos.

«¡Nox! ¡Aborte la misión! ¡Necesitamos extracción!», rugió por el comunicador.

La respuesta fue despiadada: «Negativo, Kovacs. Este es el verdadero parámetro de prueba. Sobrevivan a la memoria hostil y recuperen el artefacto o mueran proporcionando datos sobre los límites de la sinergia humano-Enkista. Dejen de comportarse como individuos y actúen como un sistema».

Leo vio a Radek herido, a Anya disparando con precisión quirúrgica pero desestabilizando la burbuja con cada impacto, y a Elara luchando contra la invasión mnemónica. Eran un sistema fallando. Su brazo ardía y, en ese ardor, surgió una

idea de patrón: el brazo respondía al icosaedro porque ambos eran errores conscientes.

«¡Elara!», gritó corriendo hacia ella. «¡No bloquee las memorias! ¡Amplifícalas! ¡Enfócalas a través de mi brazo!».

«¡Eso te freirá el córtex!», respondió ella con los ojos desquiciados.

«¡Ya está frito! ¡Hazlo!».

Ella asintió y sus dedos con dataports presionaron el casco de Leo buscando la interfaz inalámbrica. Leo sintió un pinchazo en la nuca y su visor se inundó de ruido estático, imágenes y dolores ajenos: la explosión que destrozó la puerta, el grito del científico viendo a su asistente deshilacharse en el viento causal y la voz fría del oficial Enlil ordenando purgar los registros.

Leo gritó con la voz de mil recuerdos ajenos y su brazo de cristal estalló en luz. No fue un destello cegador—fue una onda de coherencia disonante—un patrón de interferencia perfecto para el campo de memoria del icosaedro. La luz ámbar golpeó el metal negro.

Todo se detuvo. Los Enlil quedaron congelados y los haces de energía suspendidos en el aire. Luego, con un sonido similar al de un espejo gigante agrietándose, la burbuja temporal se colapsó violentamente hacia el icosaedro, absorbiendo a los fantasmas y los sonidos como agua por un desagüe. La última imagen fue el rostro del científico Enlil mirando a Leo con una fría compasión antes de ser absorbido por la negrura.

El silencio y el frío regresaron. El icosaedro, ahora opaco, cayó con un golpe sordo sobre la plataforma.

En el visor de Leo apareció un mensaje de Nox:
INTERFERENCIA DE PATRÓN: EXITOSA / MÉTODO: NO
CONVENCIONAL / EFICIENCIA RECUPERADA A 58 %.
RECOJAN EL ARTEFACTO.

Leo se derrumbó de rodillas; el brazo de cristal estaba ahora frío e inerte como una roca pesada. Radek, cojeando, metió el icosaedro en la malla de Faraday y selló el contenedor con un chasquido.

Misión cumplida. Leo miró sus manos: la de carne temblaba; la de cristal estaba muerta. Habían actuado como un sistema forzando una falla controlada. Nox tenía razón: no eran héroes, eran herramientas capaces de golpear incluso a los fantasmas del pasado.

«Extracción en cinco minutos», anunció la IA piloto.
«Prepárense para evacuar».

Nadie habló. Recogieron sus equipos y heridas, comenzando el camino de regreso mientras cargaban el conocimiento íntimo de cómo se siente que el tiempo rompa los huesos.



CAPÍTULO 4: DEUDA COMPUESTA

La lanzadera de regreso era un conducto de vibraciones ásperas y estrés térmico.

Leo permaneció sentado con el brazo de cristal apoyado en un soporte de emergencia que se había soldado al panel de la pared. El miembro estaba frío y su masa parecía haberse incrementado—como si durante el clímax en Thoth-7 hubiera agotado toda su carga energética y ahora fuera solo un bloque de cuarzo inerte—. Cada latido del corazón enviaba una pulsación sorda desde el hombro hasta la base del cráneo; no era una señal nerviosa, sino una tensión mecánica residual que se anclaba en sus vértebras.

Frente a él, Radek se había inyectado un cóctel de coagulantes y estimulantes tisulares. El traje abierto revelaba la herida en el hombro: la carne expuesta no sangraba—burbujeaba suavemente bajo la acción de un gel de nanoreparación Enkista que recomponía las capas de dermis y músculo a un ritmo visible—. Olía a proteína cocida y a polímeros dulzones.

Anya estaba en su posición, físicamente íntegra, pero sus ojos recorrían sin cesar los indicadores de la cabina y la oscuridad exterior en las pantallas. Su índice derecho ejecutaba un movimiento repetitivo—el amartillado de un rifle inexistente—. Era una descarga motora residual del estrés post-combate. Su manto de ocultación, sobrecargado durante la misión, emitía un tenue olor a cuarzo calcinado.

Elara presentaba el estado más crítico. Se acurrucaba en su asiento con temblores espasmódicos. El vapor azulado de la purga de nanites había cesado, pero ahora de sus oídos y comisuras de los ojos emanaba un fluido hialino y brillante. Era líquido cefalorraquídeo contaminado con metabolitos neurales. Sus manos apretaban sus propios brazos con tal fuerza que las yemas de los dedos habían perdido la irrigación sanguínea. Miraba al vacío mientras sus labios repetían fragmentos de las memorias invasoras en un susurro ininteligible: «...no se reintegró... deshilachado en el viento causal... parámetro theta anómalo...».

«Elara», dijo Leo con la voz áspera por el polvo y la fatiga vocal. «¿Puedes oírme?».

Ella parpadeó lentamente. Sus ojos se enfocaron en él, pero su mirada era opaca—como si lo observara a través de una capa de hielo—. «Él... no gritó. El asistente. Cuando se deshizo. Solo pareció sorprendido. Como si hubiera descubierto algo. ¿Es eso la muerte, Leo? ¿Un dato inesperado?».

«No es la muerte. Era un eco temporal». Mentira. Había sentido la desintegración de un patrón consciente; no era una muerte biológica, sino una delección estructural.

La lanzadera se acopló con un impacto metálico. El proceso de descontaminación comenzó de inmediato: chorros de espuma azul inundaron la cabina, seguidos por rayos UV de alta intensidad que provocaron el lagrimeo reflejo de los tripulantes. Luego llegó el aire frío y seco. Las puertas se abrieron.

No había equipo médico esperando; solo un dron esférico con el emblema de la Línea de Ea que flotó frente a Leo.

«Activo Kovacs. Siga para evaluación y descarga de datos». La voz era sintética, desprovista de inflexión humana.

«Mis compañeros necesitan atención médica».

«Son los activos Volkov, Petrova y Soren. Su estado ha sido catalogado y serán dirigidos a los cubículos de mantenimiento correspondientes. Su prioridad es la descarga del Registrador de Eventos y la telemetría de su implante. Siga».

El dron giró y se deslizó por el corredor. Leo miró atrás: Radek ya se levantaba apoyándose en una pared, con el rostro contraído por la tensión. Anya asintió brevemente. Elara no se movió; dos asistentes mecánicos con morfología artropoda la levantaron con una suavidad robótica y la trasladaron sin que sus pies tocaran el suelo.

Leo siguió al dron. El camino se adentraba en sectores de la estación desconocidos: pasillos estrechos con paredes de un material orgánico pulsátil—como hueso petrificado surcado por venas de luz ámbar—. El aire era denso y olía a tierra húmeda y electricidad estática; era la arquitectura viva de la Línea de Ea, una simbiosis integrada en la infraestructura.

Llegaron a una membrana traslúcida que se abrió al contacto. Dentro, en una sala circular y oscura, un pedestal sostenía el icosaedro negro dentro de su cubierta de Faraday. Paneles holográficos mostraban cascadas de datos en lenguaje Enlil traducidos a código matemático.

Frente a los datos, con la espalda recta y las manos entrelazadas, estaba Kaelen Nox. No era una proyección; era físico. Alto, delgado, vestido con un uniforme de trabajo Enkista de líneas austeras. Su rostro era anguloso, marcado por surcos de tensión crónica. Cuando giró, sus ojos resultaron ser la anomalía más evidente: no tenían iris ni

pupila discernibles—eran esferas de un negro mate que reflejaban motes de luz blanca en patrones constantes—.

«Kovacs», dijo Nox con una resonancia física que pesaba en el aire. «Eficiencia final de la misión: 62 %. Por encima del umbral de viabilidad. El artefacto está intacto y ustedes, mayormente, también».

«¿Mayormente?». La voz de Leo sonó gastada.

«El activo Soren experimentó una sobrecarga de su red neural por exposición a memoria cruda de grado 7. Sus nanites reguladores están fallando en cascada. Estamos realizando una limpieza sináptica; perderá aproximadamente el 18 % de sus recuerdos personales de los últimos cinco años, pero su capacidad de interacción con sistemas Enlil se ha refinado un 40 %. Un intercambio aceptable».

Leo sintió una punzada de ira que le tensó la mandíbula. «¿Aceptable? La habéis destrozado».

«La hemos optimizado», corrigió Nox sin emoción. «Era una técnica de infiltración neural con límites autoimpuestos. Ahora es una interfaz más eficiente. El dolor es temporal; la utilidad, permanente». Hizo un gesto y un holograma mostró las ondas cerebrales de Elara con zonas en rojo oscuro donde los recuerdos estaban siendo extirpados. «Pero no estás aquí por ella. Estás aquí por esto».

Otro gesto cambió la pantalla: mostraba la firma de energía del icosaedro durante el pico del evento en Thoth-7 y, superpuesta en sincronía perfecta, la firma del brazo de cristal de Leo.

«Tu modificación», dijo Nox acercándose mientras sus ojos de datos escudriñaban el miembro inerte, «no es solo un

injerto; es un sintonizador. Y no está alineado con la tecnología Enkista, sino con la Fractura—la anomalía temporal base de este sistema».

Leo miró su brazo. «Latía a 7.83 hercios».

«Una frecuencia armónica de algo superior. El Reloj Roto no es una metáfora, Kovacs; es un diagnóstico. En el núcleo de esta estación hay una singularidad temporal contenida donde el flujo causal se rompió. Tu brazo reacciona a sus ecos. Puedes interferir con los registros de memoria y estabilizar las anomalías».

«No la estabilicé. La forcé a colapsar».

«Semántica. Introdujiste un patrón de coherencia disonante—un antirritmo—. Es una capacidad táctica de alto valor». Nox se detuvo a un metro de distancia. «La pregunta es por qué. El material de ese brazo fue extraído de las canteras de cristal de memoria de Eridu, donde Enki ejecutó su primer sabotaje. Debería estar imbuido de su patrón destructivo; en su lugar, parece poseer una empatía estructural—un impulso de corregir disrupciones—.

«Quizás Enki no era el saboteador que pensáis».

«Oh, lo era», dijo Nox con un matiz de desprecio. «Pero era un sentimental. Creía que la simbiosis era una conexión equitativa; una tontería. La simbiosis es parasitismo mutualista: uno siempre gana más». Señaló el icosaedro. «Este Registrador contiene la causa del incidente en Thoth-7, algo sobre la naturaleza de la Fractura que aterró a los Enlil lo suficiente como para sellar la instalación. Quiero ese dato».

«¿Y?».

«Tu brazo es la llave. Está afinado con la Fractura y puede interactuar con el Registrador a un nivel inaccesible para nuestras herramientas. Puedes extraer la verdad».

Leo sintió un escalofrío que le recorrió la columna. «Elara casi muere por rozar esa memoria».

«Elara es humana con mejoras. Tú eres algo más: tienes un órgano Enkista hecho de la esencia de Eridu funcionando como un diapasón de la disrupción. Es elegante y valioso. Y es tu próxima misión».

«No».

«Sí», respondió Nox sin elevar la voz. «Porque mientras estabas fuera, procesamos los datos biométricos de tu calibración. Los picos de estrés asociados al recuerdo de tu hermana, Maya, son anómalos; indican una supresión de memoria inducida por trauma muy específica. No es solo duelo, Kovacs; hay un vacío en la narración».

Leo contuvo la respiración.

«Podemos ayudarte a llenarlo», continuó Nox. «Tenemos tecnologías de restauración mnemónica. Podemos decirte con certeza qué pasó realmente con Maya en Yonaguni—si sobrevivió o si fue recuperada por alguna facción—. A cambio, usas tu brazo para extraer el núcleo de datos del Registrador. Memoria por memoria».

Era un anclaje mecánico perfecto; utilizaba la herida más profunda de Leo como palanca.

«¿Y si me niego?».

«Entonces Elara será sometida a otra ronda de refinamiento hasta perder sus recuerdos básicos. Y a ti te reconvertiremos: tu brazo es valioso, pero tu cerebro es prescindible. Podemos convertirte en un auriga obediente para ese miembro—un piloto biológico para una herramienta—. ¿Prefieres eso?».

Leo miró sus manos: la de carne cerrada en un puño débil y la de cristal, muerta y pesada. Recordó la visión del atrio y el grito de su otro yo. No había escapatoria; solo diferentes configuraciones de celda.

«¿Cómo funciona?», preguntó con un susurro ronco.

Nox sonrió—una expresión mecánica que no alcanzaba sus ojos de datos—. «Simple. Colocas la mano en el icosaedro, permites que el brazo establezca la conexión y soportas el flujo de datos mientras nosotros lo registramos. Cuando termines, tendrás la verdad sobre Maya».

«¿Y si la verdad me destruye?».

«Eso es un coste operativo personal, no un dato de misión», dijo Nox girando hacia las pantallas. «Prepárate. Comenzamos en una hora. Ve al cubículo de mantenimiento y alimenta tu cuerpo; tu herramienta necesitará energía».

El dron reapareció en la puerta. Leo salió al pasillo desangelado con el brazo arrastrándolo hacia abajo y la presión del chantaje aplastándole el esternón. No había ganado en Thoth-7; solo había aumentado su valor en el mercado de la deuda. Y la deuda, como un crecimiento neoplásico, acababa de multiplicarse.



CAPÍTULO 5: INTERFAZ DE CARNE Y VACÍO

El cubículo de mantenimiento era una hendidura en la carne de la estación. No tenía más de dos por tres metros. Las paredes no eran inertes; pulsaban contra su espalda cuando se recostó—una contracción rítmica y lenta que emitía un calor húmedo, con una temperatura superficial de 39 °C—como la piel de un animal enfermo. Pequeñas protuberancias en la superficie, similares a pústulas cicatrizadas, segregaban un gel transparente y viscoso para mantener la humedad y, según un indicador parpadeante, «optimizar el equilibrio bioeléctrico del ocupante».

Leo se sentó en el banco que era una extensión del mismo tejido. Le ofrecieron una ración: una barra de nutrientes beige con olor a tierra y proteína desnaturalizada. Al morderla, percibió un sabor a cartón y un regusto metálico que le provocó una hipersalivación inmediata. Nutrientes de diseño, pensó. No solo para alimentar, sino para ajustar su bioquímica antes del procedimiento.

Centró su atención en el brazo.

El miembro de cristal seguía frío e inerte, pero la unión con su hombro era un colapso termodinámico. La piel humana—en un anillo de cinco centímetros alrededor del injerto—estaba teñida de un morado cianótico y salpicada de puntos negros de necrosis incipiente. No había infección; millones de

nanites Enkistas patrullaban la frontera, inhibiendo la sepsis pero bloqueando la regeneración tisular. Era una herida congelada en el tiempo—un conflicto biológico perpetuo—. Al tocarla, sintió un frío penetrante en la carne muerta y, un milímetro más adentro, el calor irradiado por la inflamación crónica. Su sudor era asimétrico: el lado derecho de su torso estaba empapado; el izquierdo, unido al brazo cristalino, permanecía seco.

Una pantalla en la pared parpadeó con un mensaje textual:

«PREPARACIÓN FÍSICA: ADECUADA. NIVELES DE CORTISOL: EN RANGO OPERATIVO. PROCEDA AL SECTOR 7-GAMMA PARA INTERFAZ. TIEMPO RESTANTE: 04:59».

El reloj contaba hacia atrás. No había espacio para el sueño ni para la homeostasis psíquica. Solo para la obediencia.

Al salir del cubículo, pasó por la celda de observación médica. La puerta era transparente. Dentro, Elara estaba sentada en una silla de restricción suave, mirando fijamente un objeto que una enfermera mecánica sostenía frente a ella: una llave inglesa estándar, herramienta básica de mantenimiento de naves.

«Identifique el objeto, activo Soren», dijo una voz sintética.

Elara parpadeó. Sus ojos, aunque claros, carecían de foco cognitivo. «Es... un implemento. Para la torsión». Vaciló. «Para... apretar».

«Especifique».

«Para... unir». Frunció el ceño en un gesto de frustración. «Las cosas que... giran. Las... conexiones que giran». Su mano tembló. «Lo sé. Lo sé. Lo he usado mil veces».

La enfermera mecánica anotó: «FALLA EN RECUPERACIÓN SEMÁNTICA DE OBJETOS COTIDIANOS—CATEGORÍA HERRAMIENTAS. CONSECUENCIA DE PURGA MNEMÓNICA, SECTOR HIPOCAMPAL 7-B».

Elara vio a Leo a través del cristal. Por un instante hubo un destello de reconocimiento. Luego, confusión. ¿Lo reconocía como Leo? ¿Como un compañero? ¿O solo como otra variable en su entorno caótico?

Leo apartó la mirada mientras sentía una contracción espasmódica en el estómago y sabor a bilis en la garganta. Nox tenía razón. La habían mejorado; habían convertido una parte de su humanidad en ruido estático para convertirla en una antena más clara.

El Sector 7-Gamma era el núcleo de la operación: una cámara esférica donde las paredes orgánicas se ramificaban hacia un punto central, como los vértices de una concha gigante. En el centro—sobre un pedestal que era una extensión del suelo vivo—flotaba el icosaedro de Thoth-7. Su cubierta de Faraday había sido retirada. Ahora emitía un pulso lento, una radiación en el espectro ultravioleta profundo que parecía absorber la presión acústica a su alrededor.

Nox estaba allí, junto a una consola que crecía directamente de la pared. Sus ojos procesaban flujos de datos en tiempo real.

«Puntual», dijo sin mirarlo. «El sistema está listo. La interfaz es simple: coloca tu mano de cristal sobre la cara superior del artefacto. El patrón de resonancia hará el resto».

«¿Y si me "deshilacho en el viento causal", como el asistente Enlil?», preguntó Leo con un tono cínico.

«Entonces habremos obtenido datos valiosos sobre los límites de tolerancia de la biología humana fusionada con materiales de Eridu», respondió Nox, como si evaluara la resistencia a la tracción de una aleación. «Pero es improbable. Tu firma es complementaria—no idéntica—. Debería haber simbiosis».

«Debería». La palabra más peligrosa en ingeniería.

Leo se acercó al pedestal. El aire alrededor del icosaedro presentaba un gradiente térmico descendente. Notó que el vello de su brazo sano se erizaba, mientras la superficie de su brazo de cristal emitía un tenue brillo interno—un eco pálido del pulso negro del artefacto—. La necrosis de su hombro palpó con una punzada aguda; los nanites forzaban la conexión.

Sin dudar, alzó el brazo de cristal y posó la palma sobre la cara superior del icosaedro.

El contacto no fue metálico; fue como sumergir la mano en un fluido de alta densidad compuesto por datos solidificados. Una sacudida silenciosa recorrió su cuerpo—no eléctrica, sino una descarga de información cuántica—. Su visor HUD se apagó. El sonido de la estación desapareció y la propiocepción de su cuerpo se difuminó, excepto por dos puntos: el contacto del cristal con el artefacto y el dolor necrótico de su hombro, que actuaba como un ancla gravitatoria que lo mantenía atado a su realidad.

Luego, el vacío se llenó de conceptos puros traducidos a sensaciones físicas.

Sintió una presión barométrica aplastante—la gravedad de Eridu colapsando sobre sus pulmones—y el núcleo de cristal del planeta latiendo con una frecuencia de trauma. Vio una